

Memorias de Adriano: Un modelo de excelencia

LUCIANO ESPINOSA

Universidad de Salamanca

RESUMEN. Este libro (Marguerite Yourcenar, 1951) es mucho más que una novela histórica: por supuesto hay literatura, pero también historia y sobre todo una gran reflexión sobre el arte de vivir, en un tiempo en que el hombre estaba solo y sin dioses (Flaubert *dixit*). El Emperador nos cuenta cómo se construye a sí mismo –*operari est esse*–, a partir de la unidad de ética y estética, con una combinación de conocimiento, disciplina y hedonismo. Este ensayo muestra las claves de su proyecto personal y político, en torno a las ideas griegas (*Humanitas, Felicitas, Libertas*) y al ejercicio del poder romano. Lo que incluye a los cuerpos, los afectos y las acciones como conceptos desde el punto de vista de la vida cotidiana.

Palabras clave: pensamiento narrativo, humanismo, filosofía antigua, cuerpos, afectos, acciones

I. El sentido del texto

Elegir la obra de Marguerite Yourcenar *Memorias de Adriano* (1951) como tema de reflexión no requiere disquisiciones sobre los posibles vínculos entre filosofía y literatura, basta con ocuparse de su hondura y sutileza de pensamiento, expresada en una escritura densa y hermosa. Hay en esas páginas una creación genuina que rebasa cualquier género, una capacidad de sugerir motivos filosóficos y una llamada a la meditación sin adjetivos. Ahí se aspira a combinar lo

ABSTRACT. This book (Marguerite Yourcenar, 1951) is much more than a historical novel: of course there are Literature (fictions), but also History (facts) and above all a great reflection about the art of living, when the man was alone and without gods (Flaubert *dixit*). The Emperor tells us how he builds himself –*operari est esse*– upon the unity of Ethics and Aesthetics, with a combination of knowledge, discipline and hedonism. This paper shows the keys of his personal and political project, around the Greek ideas (*Humanitas, Felicitas, Libertas*) and the Roman exercise of power. And that includes bodies, feelings and actions like concepts from the point of view of every day life.

Key words: Narrative Thinking, Humanism, Ancient Philosophy, bodies, feelings, actions

particular del emperador y su época con lo universal de la condición humana, acompañado de buena documentación¹ y perspicacia psicológica. Todo al servicio de la intimidad verosímelmente inventada de un hombre que relata en primera persona los aprendizajes de su vida (se sabe que el personaje histórico redactó una autobiografía luego perdida) para entrar en la muerte “con los ojos abiertos”. Así, Adriano (76-138) transmite a Marco Aurelio (elegido ya como segundo sucesor, tras Antonino) un aquilatado bagaje de ideas, emociones y múltiples

experiencias, sobre todo en torno al poder y al amor. El conjunto que resulta es envolvente y rico en matices, de modo que el argumento narrativo se confunde con las razones de una sabiduría vital. Puede decirse que el texto cumple a su manera la exigencia de Camus de un pensamiento -ajeno a la sola abstracción y al sistema- capaz de encarnarse en sujetos, imágenes, símbolos, sentimientos... Como ocurre en los grandes “novelistas filósofos”, quienes crean todo un mundo con una incomparable fuerza de arrastre y expresan la feliz complicidad de imaginación e inteligencia².

Ahora bien, la obra matiza el viejo axioma literario de *la verdad de las mentiras* –la autenticidad profunda de la ficción- porque se basa en un hombre que dejó un abundante legado. La autora insiste precisamente en ese carácter eficiente del personaje, sin pretender por ello escribir una biografía, pues el protagonista del texto sin duda se autojustifica y a veces miente. Se trata más bien de un penetrante retrato humano, vigoroso en el pensamiento y poético en la forma, que –más allá de la habitual novela histórica- busca en el pasado una ayuda para vivir³. La clave está en apreciar en Adriano un modelo de excelencia arraigado en el tiempo histórico y en la idea literaria a la vez, no perfecto ni monolítico, sino complejo y palpitante. Él lo dijo de sí mismo en un fragmento que nos ha llegado: “varius, multiplex, multiformis”, siempre contrario al más grave error que es la simplificación, pues reúne como pocos acción y contemplación, inspiración y pragmatismo, disciplina y hedonismo... Sin olvidar la frase de Flaubert que siempre iluminó a la escritora a la hora de comprenderlo: “Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre. Gran parte de

mi vida transcurriría en el intento de definir, después de retratar, a este hombre solo y al mismo tiempo vinculado con todo”⁴. El empeño estriba en ofrecer una visión de la existencia librada a sí misma, autónoma y digna del mejor humanismo, lo que nada tiene que ver con una burda posición antropocéntrica y antropomorfa⁵. Por el contrario, se reivindica la soledad responsable y creadora de quien es una parte de un conjunto mayor, dispuesto a dejar de lado tanto los caprichos como las tutelas, para ejercer una cierta madurez: la conciencia del límite, la independencia y la conexión con el mundo se alimentan entre sí.

Las debidas referencias históricas ilustran la composición, donde Adriano sigue el *cursum honoris* (tribuno militar y de la plebe, cuestor, pretor, cónsul, legado y gobernador), hasta culminar en la pacificación e integración del imperio (117-138): fija fronteras estables, edifica por doquier obras públicas, crea rutas estratégicas, reforma la política minera y agraria (en beneficio del pequeño propietario), sanciona el gran código de derecho juliano que sintetiza lo mejor de las tradiciones griega y romana, forma una administración eficiente (consejo imperial, auditores fiscales) e inspecciona continuamente los puestos militares... Viaja durante doce años por todos los confines del imperio para conocerlo de primera mano y aplicar su designio de estadista en ciudades y regiones. De ahí el interés que despierta⁶, aunque su vasta cultura y sus cualidades como deportista, cazador, arquitecto, músico, poeta y coleccionista de arte no sean triviales. Lejos en todo caso de la hagiografía, lo que importa es captar la riqueza de contrastes con una amplitud de mente que le haga justicia. La más reciente y rigurosa biografía histórica insiste en ello: “En el interior de Adriano había varias personalidades contrapuestas. El emperador

encarnó diversos papeles”; siempre con la “energía incesante” y la “insaciable curiosidad” del gran viajero que decidió –no sin resistencias ajenas- terminar con la expansión de Roma para afianzar mejor sus territorios⁷. Dar cuenta de esa variedad (mayor que la de Marco Aurelio, por citar a otro gran hombre que servirá de contrapunto) requiere empatía con la época, pero más aún con toda vida humana: “atender sólo a lo más duradero, a lo más esencial que hay en nosotros, en las emociones de los sentidos o en las operaciones del espíritu, como punto de contacto con esos hombres que, como nosotros, comieron aceitunas, se embadurnaron los dedos con miel, lucharon contra el viento despiadado y la lluvia enceguedora y buscaron en verano la sombra de un plátano y gozaron, pensaron, envejecieron y murieron”⁸. Expresar esa radical solidaridad con lucidez y finura no es el menor logro de esta obra.

Las vivencias de la autora y su personaje parecen fundirse para comunicar un cierto estilo de vida, unas actitudes de fondo a caballo entre la antigüedad y el horizonte hermenéutico del siglo XX. Este tipo de saber se aprende más por *contagio* que por análisis, como ya advirtió Séneca (*A Lucilio*, 6, 5), de manera que nos asomamos a la recreación de un ejemplo vivo, “un hombre que casi llegó a la sabiduría”. El relato comienza con la intensa rememoración de los placeres del cuerpo, perdidos por la mala salud, sigue con el largo período de formación hasta el logro del poder, la coincidencia de sus brillantes realizaciones y la muerte del amado, para terminar con el período de sufrimiento y firmeza en quien resiste hasta el final. De tal proceso cronológico, aquí se subrayarán diversos núcleos temáticos (antropología, ética, política...) que no pretenden sistematizar nada, sino recoger algunas facetas principales al hilo de las consideraciones

subjetivas del narrador. Todo se encarna en una persona que cuenta el esfuerzo de autoconstrucción de la identidad -vale el axioma *esse est operari*-, donde sólo los actos real-izan y aportan consistencia, aunque nada esté a salvo del azar, el error y la duda.

II. Un proyecto personal

Se nos presenta alguien empeñado en ser dúctil y flexible, capaz de convertir esa agilidad esencial en auténtica libertad. El núcleo de los demás rasgos es el esfuerzo por convertir al sujeto en alguien potente, versátil y disciplinado como el mejor atleta. “Sólo en un punto me siento superior a la mayoría de los hombres: soy a la vez más libre y más sumiso de lo que ellos se atreven a ser. Casi todos desconocen por igual su justa libertad y su verdadera servidumbre (...) En cuanto a mí, busqué la libertad más que el poder, y el poder tan sólo porque en parte favorecía la libertad. No me interesaba una filosofía de la libertad humana (todos los que la intentan me hastían), sino una técnica: quería hallar la charnela donde nuestra voluntad se articula con el destino, donde la disciplina secunda a la naturaleza en vez de frenarla. Compréndeme bien: no se trata de la dura voluntad del estoico, cuyo poder estimas exageradamente, ni tampoco de una elección o una negación abstractas, que insultan las condiciones de nuestro mundo pleno, continuo, formado de objetos y de cuerpos. Soñé con una aquiescencia más secreta o una buena voluntad más flexible. La vida era para mí un caballo a cuyos movimientos nos plegamos, pero sólo después de haberlo adiestrado” (*Memorias*, p. 41). Adriano aspira a una libertad *real*, lo que significa incorporada a fondo, metabolizada casi, por quien se desenvuelve con soltura en la urdimbre de los seres y las cosas: consciente de

sus fuerzas y sujeciones, dispuesto a asumir cuanto le ocurra y a ceder cuando convenga, pero sin renunciar a su autonomía nunca. Es precisa una notable gimnasia del cuerpo y de la mente (se dan ejemplos de concentración, autodomínio, simultaneidad de actividades...), siempre dirigida a la aceptación *activa* de los hechos y circunstancias, de modo que se cabalguen con destreza, o al menos con lucidez. Lo único prohibido es rehuirlos, ignorarlos o falsearlos con estériles mandatos de una voluntad hueca, carente de verdaderas habilidades para lidiar productivamente con el mundo. El mayor error consiste en el pretendido sobrevuelo de una conciencia pura que no existe, y que sólo se fragua como verdadera subjetividad en el contacto microfísico con aquello que la rodea.

Se trata de zambullirse en lo dado y aprender cotidianamente cierta fluidez, vivir la experiencia en cuestión del mejor modo posible mediante el pacto y la transacción con uno mismo y con el entorno⁹. Modular este *tira y afloja* con inteligencia y coraje supone que el sujeto asimila siempre lo que le ocurre, siquiera sea desde la posición del co-autor, porque hace propios todos los acontecimientos sobrevenidos. Podría decirse que el emperador apunta al arte de convertir la necesidad en virtud creadora, pero con la particularidad de generar unos hábitos profundos: el comienzo es la disponibilidad y apertura al intercambio; el desarrollo consiste en ejercitarse en cuantas tareas salgan al paso, sin importar tanto el *qué* o *quién* las decide, sino el *cómo* se ejecutan; y el objetivo último es la afirmación de sí y de lo otro, sea grato o ingrato. No parece fatalismo alguno, tampoco resignación y mucho menos ilusoria omnipotencia, más bien hay una alerta serena, constructiva, para *dejarse ir* conscientemente, que no es lo mismo que dejarse llevar. Por eso no se

habla de una filosofía, a menudo grandilocuente, sino de una *técnica* de la libertad, es decir, de la auto-hetero-determinación compleja: una práctica ajena al dualismo abstracto libertad/necesidad, no hipotecada por dogma metafísico o religioso alguno, y sólo interesada en convertir toda experiencia en posibilidad de algo no predeterminado. Una filosofía genuina acaso debería nacer de la misma matriz y extraer las consecuencias pertinentes ligadas al crecimiento personal como ejercicio constante, al sentido de la oportunidad (el aquí y el ahora como sede de lo real), y al aprendizaje a partir de una vida polis cópica, a cuyo servicio último está.

Todo ello requiere un cierto método de conocimiento y Adriano cuenta en primer lugar su afición a la lectura, pues los libros son el depósito compartido del saber, mucho más allá de los límites de una vida, y aportan perspectivas inapreciables sobre las cosas. Sin embargo, la realidad no cabe en ellos y es la vida con su rodaje la que termina por aclararlos (cf. M, p.23), lo que podría generalizarse en una sencilla máxima que anteponga la biografía a la bibliografía. Otro camino es la introspección, junto a la observación atenta de los otros, pero tampoco resulta suficiente frente a la oscuridad de la conciencia, las fórmulas simplificadoras de la memoria y el enorme catálogo de las apariencias. Así: “Cuando considero mi vida, me espanta encontrarla informe (...) la mayoría de los hombres gusta resumir su vida en una fórmula, a veces jactanciosa o quejumbrosa, casi siempre recriminatoria; el recuerdo les fabrica, complaciente, una existencia explicable y clara. Mi vida tiene contornos menos definidos. Como suele suceder, lo que no fui es quizá lo que más ajustadamente la define” (M, p.25). Mezcla inextricable de actos y azares, de órdenes y desórdenes que no responden a

ningún plan, la conjunción de circunstancias y personas tan diversas como desbordantes. Todo redundando en una identidad negativa, problemática y abierta, provisional y sin cómodas certezas. Es lógico buscar sentido frente a lo efímero de la existencia, pero ceder al miedo y encerrarse en la fortaleza del “ego” en verdad es estar *acabado*. Las acciones configuran sin duda, “Pero entre yo y los actos que me constituyen existe un hiato indefinible (...) Nada me explica: mis vicios y mis virtudes no bastan; mi felicidad vale algo más, pero a intervalos, sin continuidad, y sobre todo sin causa aceptable” (M, p. 26). Se escapa lo esencial en este espejo múltiple y cuesta aceptar la indefinición, aunque eso mismo explica que el todo (sujeto) sea más que la suma de las partes (actos): es la ambivalencia del “yo”, con una dimensión irreductible a causas y efectos, una suerte de gratuidad que le dignifica y le hace inclasificable, del mismo modo que su condición última es la de ser nómada y *extranjero* de sí mismo.

La disposición más flexible es recíproca de este relativo desfundamiento, pues la fuerza nace de la debilidad y viceversa: lo que difumina al individuo es precisamente lo que evita la esclerosis. Sobre esta base, el emperador explica cómo llegó a encauzar su apetito de poder, dinero y fama, así como a pulir sus torpezas, de manera que los distintos personajes de su vida (firme soldado, apasionado amante, adulator político, futuro estadista...) comienzan a encajar, dirigidos por “un director de escena” sobrio y eficaz: “Poco a poco mis actos me iban formando” (M, p. 51). La plasticidad también requiere mano firme que le dé contorno y propósito, pues al menos cabe –y así debe pedirse– cierta consistencia personal dentro de los límites consabidos. Y sólo el poso de las acciones adecuadas que configuran una

trayectoria puede proporcionarlo, más allá de retóricas declaraciones sobre lo que uno querría o podría ser. He aquí unos pocos rasgos, aparentemente sencillos, que cimentan al protagonista: la *curiosidad* es el resorte mismo de su pensamiento y uno de los pilares de su método, esto es, el gusto por nuevas relaciones e ideas, la capacidad de asociarse al discurso de otros...; y todo llevado a cabo a través del viaje como actitud vital, “esa ruptura perpetua de los hábitos, esa continua conmoción de todos los prejuicios” (M, p. 104, y antes p. 186). Combatir el íntimo anquilosamiento requiere gran esfuerzo, cuestionar lo dado hacia dentro y hacia fuera como ejercicio regular es casi heroico, pero nutre y agiliza el espíritu en extremo, siempre acechado por la fatiga de los años. En otro sentido, el narrador no oculta sus bajezas, pero defiende su lucha contra ellas, la decisión de no claudicar y de aprender siempre, en vez de acomodarse. Quizá sea esta actitud de fondo *neguentrópica* la que más caracteriza al personaje. A lo que se añaden otras notas del método examinado: “preferir las cosas a las palabras, desconfiar de las fórmulas, observar más que juzgar” (M, p. 37). Hay todo un mundo encerrado en estas consignas, por difícil que resulte su práctica, que animan por igual a un sano escepticismo y a la experiencia directa. El sujeto con actitud vigilante revisa las mediaciones culturales, contrasta y no prejuzga, de forma que su lúcido empirismo presume de comprender las cosas tan desnudamente como sea posible, sin *moralizarlas*. Como la objetividad completa no cabe y son muchas las dimensiones de la vida, surgen distintas perspectivas globales y está bien así: “Hay más de una sabiduría, y todas son necesarias al mundo; no está mal que se vayan alternando” (M, pp. 217 s.). Y es que la tolerancia resultante, además de

éticamente deseable, es necesaria en términos pragmáticos como suma de fuerzas y enfoques para abordar la tremenda complejidad de lo real y salvaguardar un poco la frágil existencia humana.

III. *Un proyecto colectivo*

El círculo interior del yo (fragmentado, pero también coordinado) y su método vital (ejercicios y actitudes más que reglas) se ve enmarcado por otro exterior, relativo al contexto que lo alimenta. Hay que partir de algunos principios del pensamiento greco-latino y de una cosmovisión que la subjetividad del emperador encarna y modula. Adriano aspira a realizar el ideal de orden y belleza que desde Grecia impregna todos los ámbitos de la vida¹⁰, lo que atañe al poder en primera línea: “Me sentía responsable de la belleza del mundo. Quería que las ciudades fueran espléndidas, ventiladas, regadas por aguas límpidas, pobladas por seres humanos cuyo cuerpo no se viera estropeado por las marcas de la miseria o la servidumbre, ni por la hinchazón de una riqueza grosera (...) Quería que a todos llegara la inmensa majestad de la paz romana, insensible y presente como la música del cielo en marcha; que el viajero más humilde pudiera errar de un país, de un continente a otro (...) por doquiera seguro de un mínimo de legalidad y de cultura (...) quería que, en un mundo bien ordenado, los filósofos tuvieran su lugar y también lo tuvieran los bailarines. Este ideal, modesto al fin y al cabo, podría llegar a cumplirse si los hombres pusieran a su servicio parte de la energía que gastan en trabajos estúpidos o feroces; una feliz oportunidad me ha permitido realizarlo parcialmente en este último cuarto de siglo” (M, p. 113). La concepción que preside el conjunto reúne el buen concierto y la fácil desenvoltura de toda clase de seres y activida-

des: así, la hermosa geometría de las ciudades como entorno propicio a la equidad, los hilos de la ley y la cultura como malla protectora de territorios e individuos, la productividad y la comunicación, la conjunción de algo tan disímil como el sosiego de la reflexión y el frenesí de la danza... Todo encaja y tiene su papel en la disposición que dicta el gobernante sabio, guiado por una ambiciosa escala de lo gradual y lo posible. No renunciar a ello es lo revolucionario.

Este pragmatismo cualificado (para un mundo todavía *manejable*) que se apoya en lo cotidiano puede remontarse con veracidad a los ideales lacedemonios: “La Fuerza constituía la base, era el rigor sin el cual no hay belleza, la firmeza sin la cual no hay justicia. La Justicia era el equilibrio de las partes, el conjunto de las proporciones armoniosas que ningún exceso debe comprometer. Fuerza y Justicia eran tan sólo un instrumento bien acordado en manos de las Musas. Toda miseria, toda brutalidad, debía suprimirse como otros tantos insultos al hermoso cuerpo de la humanidad” (M, p. 113 s.). Se trata de pilares profundos, el primero al servicio del segundo, y ambos en manos de la inspiración superior, a su vez orientada en beneficio de una universalidad no abstracta, sino hecha carne, de una humanidad consciente de sí misma. Tal es el proyecto integrador de Grecia que guía al mandatario, completado con la sobriedad y eficacia que proporciona Roma, cual demiurgo –añadimos– que traslada aquellas Ideas a la humilde materia: la lucidez griega necesita del “sentido de la continuidad y el gusto por lo concreto” romanos, de ahí que se diga que el emperador pensó en griego y gobernó en latín¹¹. Adriano, en fin, quiere unir en un solo humanismo ambas vertientes, la sutileza y la contundencia, la contemplación de lo universal y la resolución de lo particular, el gozo y el rigor...

Es evidente que el paralelismo entre la perfección cósmica y el funcionamiento del estado sólo es tentativo e imperfecto, pero vale la pena aspirar al mismo orden nomotético con la clarividencia y la mesura de la auténtica razón política, simbolizada en Minerva según la más antigua tradición romana. Por otro lado, la excelencia de los hombres de estado incluye el sentido de la justicia, el dominio de sí, el valor y el conocimiento de la ciencia teórica del universo –como ya estableciera Cicerón en *De los oficios*–, y es que la prudencia del príncipe repercute directamente en la consecución de la justicia que persiguen las leyes. Plutarco lo afirma con claridad cuando asegura que “quien tiene el poder es la imagen de Dios, que ordena el universo” (*Ad principem ineruditum*, 780 e), lo que le convierte en intermediario cargado de responsabilidad, como afirmaba Adriano al sentirse depositario de la belleza del mundo. No es probable que creyera por completo en los postulados de la teología política, pero tampoco le es ajena la figura del *cosmocrator*: el que regula el universo y plasma la Razón y la Ley entre los hombres, a través de la gestión pública de lo común¹². La connaturalidad ontológica en el *Logos* se transforma en comunidad política y en fraternidad dentro de la *humanitas*, de manera que el emperador se reconoce como pieza relevante del entramado: “mis relaciones con lo divino. Me imaginaba secundándolo en su esfuerzo por informar y ordenar un mundo (...) Si Júpiter es el cerebro del mundo, el hombre encargado de organizar y moderar los negocios humanos puede razonablemente considerarse como parte de ese cerebro que todo lo preside. Con o sin razón, la humanidad ha concebido casi siempre a su dios en términos de providencia; mis funciones me obligaban a ser esa providencia para una parte del género humano (...) la obligación de

realizarse de conformidad con un modelo eterno, de asociar a la fuerza humana una parte de la sapiencia suprema” (pp. 121 s.). Hay alguna reserva escéptica y un actuar *como si* las cosas fueran de ese modo por razones utilitarias, lo que le distancia del estoicismo por ejemplo, pero se impone algo esencial compartido con él: un acusado sentido del deber y la imperiosa necesidad de ser útil a los demás.

Adriano medita sobre la gran oportunidad que supone “el feliz acorde de una función, un temperamento y un mundo”, luego desglosado en los laboriosos quehaceres como soldado, contable, juez..., y expresado con las metáforas del médico ambulante, el obrero de reparaciones, capataz de remeros o jardinero (M, p. 105). Aquel trasfondo religioso queda bien atemperado con la sencillez de estos trabajos manuales, nada grandilocuentes y absolutamente necesarios. De nuevo el apego por lo empírico impide que las grandes ideas se conviertan en ídolos, de la misma manera que éstas evitan caer en la rutina de lo pedestre. Un último retrato político lo condensa todo: “A los cuerpos físicos de las naciones y las razas, a los accidentes de la geografía y la historia, a las experiencias dispares de los dioses y los antepasados, superpondríamos para siempre, y sin destruir nada, la unidad de una conducta humana, el empirismo de una sabia experiencia (...) *Humanitas, Felicitas, Libertas*: no he inventado estas bellas palabras que aparecen en las monedas de mi reinado (...) Pero tal vez sería yo el primero que subordinara conscientemente mis actos a ese espíritu de la época, haciendo de él otra cosa que el sueño nebuloso de un filósofo o la vaga aspiración de un buen príncipe” (M, p. 95). Dar cauce efectivo en el tiempo a tan hermosas divisas es el logro capital del gobernante, subrayando lo mejor que Roma puede hacer por el

bienestar y la decencia de la vida cotidiana de la gente. Se entroniza la identidad de la condición humana como algo construido, más allá de sus muchas diversidades –que son accidentales-, y esto apelando a cierta “conducta” y sabiduría práctica –no a esencias inaprehensibles-, lo que desemboca en la genial prudencia que concilia unidad y pluralidad. Tal es la grandeza de la *pax romana*, que consiste en ser fructífera para todos y hacer que éstos la adopten voluntariamente como praxis civilizadora. Adriano no es consciente por razones históricas obvias de esta suerte de *despotismo ilustrado*, pero ofrece beneficios tangibles y tolerancia, además de hacer frente al fanatismo religioso, nacionalista y étnico (como atestigua –según su relato- el duro conflicto con los judíos). Con la conciencia, además, de que cualquier logro es vulnerable, tal vez efímero, ante el salvajismo, la miseria, la grosería o el mero azar de unos hechos que desbordan con mucho “la energía y buena voluntad de cada estadista” (M, p. 176). Sin embargo, hay que perseverar en el empeño como mandato irrenunciable, incluso contra toda esperanza, pues ahí se juega la dignidad humana.

IV. Sobre el cuerpo

La conocida exigencia de conjugar lo universal y lo particular encuentra otro escenario privilegiado en los procesos orgánicos, así como en el ejercicio diario de sus capacidades: una vez más, sólo el entrenamiento cualifica y realiza. Hay una base antropológica ligada al cuerpo y a la absoluta importancia de su fisiología ordinaria, asunto muy evidente para el enfermo emperador que manifiesta amor a su cuerpo y dolorosa añoranza por los variados goces perdidos. Lejos de condenar la caduca y débil carne, el protagonista enfatiza el valor de la sensualidad

en sentido amplio, en especial como fuente de conocimiento: “Por qué mi espíritu, aun en sus mejores días, sólo posee una parte de los poderes asimiladores de un cuerpo?” (M, p.13). Es la inteligencia opaca que todo lo sostiene, la plataforma del resto y el eje *incorporador* del mundo¹³. De manera que el cuerpo es el fiel camarada del alma, unidos de forma maravillosa e insondable en una misma “combustión”, sin que pueda establecerse jerarquía ni dualismo. La atención se dirige al poderoso “mundo oscuro de la sensación, negra noche donde fulguran y ruedan soles ennegecedores” (M, p.151), lo que parece incluir el contacto primordial con el mundo y un saber ajeno al filtro de la conciencia. Esta densidad de la experiencia –acaso de corte fenomenológico, dado el contexto de la autora del libro- encuentra elementos legítimos en la vida de Adriano, buen conocedor del peculiar *cuerpo a cuerpo* en el combate, en la pasión amorosa o en la vivencia estética. Podría decirse que la parte sumergida del iceberg es condición de otras construcciones, donde la “carne animada” (*sarx*) bien puede integrar *soma* y *psyché* como enraizamiento en suelo firme y alimento unitario del espíritu. Tal es una de las mejores tradiciones del pensamiento greco-romano, que al menos en parte se remonta a Heráclito (“una filosofía que era ya la mía, la idea heracliteana del cambio y el retorno”, M, p.178), lo que a su vez plantea la fluidez y continuidad de la experiencia humana, sin disociaciones. Hay diversas sabidurías, como se dijo, y también distintas vías de acceso.

Si lo corpóreo es en buena medida indecible, la enfermedad es paradigma que trastoca los principios previos de la vida orgánica y mental. El emperador, con hidropesía del corazón, aplica el mismo método en pos de la ductilidad: “Nada se habrá comprendido de la enfermedad

en tanto que no se reconozca su extraña semejanza con la guerra y el amor, sus compromisos, sus fintas, sus exigencias, esa amalgama tan extraña como única producida por la mezcla de un temperamento y un mal. Me sentía mejor, pero para ganar en astucia a mi cuerpo, para imponerle mi voluntad o ceder prudentemente a la suya, ponía tanto arte como el que aplicara antaño a ampliar y ordenar mi universo, para construir mi propia persona y embellecer mi vida” (M, p.202). Era sabido desde Hipócrates que no hay enfermedades sino enfermos, luego hay que ser flexibles en extremo para lidiar cada caso, previa conciencia de la propia situación. Los procesos patológicos demandan, aún más si cabe, *tener cintura* y empeñarse a fondo en la reconstrucción de la propia identidad, sin menoscabo de los cambios y aprendizajes necesarios. El arte de vivir tiene una prueba de fuego ante el sufrimiento continuado, como lo tuvo en la buena administración de los placeres, pues son aspectos recíprocos que nacen de la misma actitud y práctica general. Siempre dentro de los límites infranqueables que nos traspasan y constituyen, desde el implacable desgaste de las fuerzas hasta desembocar en la muerte, pasando por el incandescente hilo conductor del tiempo: “He llegado a la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada. Decir que mis días están contados no tiene sentido; así fue siempre, así es para todos” (M, p. 10). Las últimas divisas en moneda del emperador fueron *disciplina* y *paciencia*, recursos para conservar la propia dignidad que no impidieron accesos de furor y tormento.

El hombre que lo había tenido todo, reconocido como olímpico por sus coetáneos, debe afrontar finalmente la muerte. El primer gran seísmo fue la desaparición del amado Antínoo, ante lo cual el personaje no busca falsos consuelos

(dudosa inmortalidad, deificación, gloria, resignación), pues nada “pagaba al viviente perdido” en su concreta y palpitante presencia, por más que la desesperación y el dolor prolongado incomoden la ceremonia del olvido que la mayoría practica¹⁴. La muerte sólo admite “mirarla cara a cara (...) andar a tientas en las tinieblas sin el socorro de lámparas vacilantes” (M, p. 170 s.), ya que no hay respuestas ni valen componendas ante el límite definitivo, anunciado en el paso del tiempo. Este Adriano literario, además, está seriamente tentado por el suicidio como último acto de libertad, pero una mezcla de responsabilidad pública, amor a la vida y profunda curiosidad le disuaden: “Toda mi vida he tenido confianza en el buen sentido de mi cuerpo, tratando de saborear juiciosamente las sensaciones que ese amigo me procuraba; estoy obligado, pues, a saborear también las postreras. No rehúso ya esa agonía que me corresponde (...) la desesperación sería de tan mal gusto como la esperanza” (M, p.227). El coraje siempre imprescindible, cierta elegancia y el viejo afán de conocer decantan la balanza hacia el confiado abandono en el propio cuerpo, que al final cierra el círculo. Y lo hace sin engaño: la muerte no puede ser investida de sentido, sólo la vida atiende reacia al esfuerzo creador de los hombres.

El protagonista, por último, intuye en algunos momentos una especie de fusión con lo divino que no contradice lo anterior. Amigo del esoterismo -al que considera un cauce más para indagar- e iniciado en cultos místéricos como Eleusis y Mitra, no reniega de las experiencias inclasificables que rebasan toda lógica: “Creí, y en mis buenos momentos lo creo todavía, que es posible compartir de esta suerte la existencia de todos, y que esa simpatía es una de las vías menos revocables de inmortalidad. Hubo momentos

en que esa comprensión trató de trascender lo humano, y fue del nadador a la ola. Pero en este punto me faltan ya seguridades, y entro en el dominio de las metamorfosis del sueño” (M, p.12). También eso forma parte de lo vivido, sin extraer conclusiones precipitadas, y por eso debe considerarse como una más de las posibilidades de conocimiento con que cuenta el ser humano. Así, se habla de la fuerza común en la que confluyen todos los dioses (M, p.139), o la “exaltación sagrada” del combate donde todos los hombres parecen “rayos diferentes de la misma luz solar” (M, pp.49 s.). Diríase que esta vivencia (propia de momentos excepcionales, pero presente en personas de todo tiempo y lugar) apunta hacia una dimensión desconocida de la que no cabe hablar con propiedad. Y el emperador calla porque no tiene *pruebas*, como si se limitara a constatar la antinomia entre los conflictos abrumadores de la existencia y la hipotética armonía última, entre el mal y la supuesta ausencia de error cósmico. En todo caso, alude a una forma de plenitud *natural*, ajena a las religiones convencionales y a la escisión entre lo immanente y lo trascendente. Quizá sea otra forma -metarracional, no irracional y mucho menos antirracional- de completar la sabiduría del cuerpo, que va desde lo pre a lo post-consciente.

V. Sobre los afectos

Un paseo por los afectos humanos abre galerías sin fin y trasluce una ética, desde luego *aplicada*, en torno a la experiencia y la reflexión sobre las conductas. El punto de partida podría ser la observación de que la mayoría de las personas se debaten entre el miedo y la esperanza, ambos erróneos y estériles en la medida en que suelen fundarse en ilusiones y constriñen la vida (cf. M, p. 10). Como dijeron Séneca antes y Spinoza

después, por dar dos ejemplos significativos, se trata de emociones primarias que des-realizan la existencia porque niegan la capacidad ejecutiva del sujeto y bloquean o difieren el presente que la sostiene. Con el agravante de que se convierten en matriz de otros muchos errores y renunciaciones menores, a menudo más importantes de lo que aparentan, toda vez que a las grandes servidumbres del espíritu le subyace una tupida red de complicidades y vilezas. Para aproximarse a la naturaleza humana hay que reparar en que “los crímenes escandalosos y fácilmente punibles son poca cosa al lado de millares de monstruosidades triviales, perpetradas cotidianamente por gentes de bien y de corazón duro, a quien nadie pensaría en pedir cuentas” (M, p. 98). Prima la microfísica de los actos habituales, el verdadero terreno ético donde se ventila la calidad de vida y la responsabilidad: no bastan las grandes teorías o principios, sino la praxis menuda que caracteriza a las personas (especialmente a las llamadas *respetables*) y las va conformando de modo inexorable.

Adriano procura comprender más que juzgar, a la vez que diferencia lo privado de lo público, en el marco de una realidad *amoral*: no hay una esencia humana inmutable ni un orden natural dado, sino una gama plural en el espacio y el tiempo de valoraciones y comportamientos. Este *artificialismo* moral¹⁵ no ignora la ignorancia, la avidez, el egoísmo, la vanidad, el temor a sufrir... de los hombres; pero destaca más aún su inconstancia, sea para el bien o el mal, pues los defectos –aun los más abominables- y las virtudes son siempre fragmentarios e inconcluyentes, cuando no contradictorios (cf. M, p. 40). Nada parece estable del todo, más bien hay que aceptar la variación de humores, circunstancias y propósitos, por no hablar de la flaqueza o la mera volubilidad. El gobernante, sin

embargo, quiere hallar algunas pautas que encaucen las conductas y den coherencia a la vida pública en aras de la paz y la utilidad común, así como debe buscar lo mejor de cada uno (en particular si es funcionario), adaptado a cada caso y contexto, en vez de pensar en virtudes abstractas que no existen y en servicios que no se pueden prestar. La mirada es pragmática: “sabía que tanto el bien como el mal son cosas rutinarias, que lo temporario se prolonga, que lo exterior se infiltra al interior y que a la larga la máscara se convierte en rostro” (M, p. 84). Este modelo posible de educación, más cívica que moral, establece hábitos antes que leyes, precedentes y costumbres antes que códigos; y aprovecha la teatralidad de la vida (el fingimiento toma cuerpo) en beneficio de la sociedad, sin olvidar la ambivalente maleabilidad de cada uno.

Ahí encajan los gestos llamativos, el cuidado de las formas o incluso la exigencia de etiqueta, compatibles con la licencia en lo privado, pues “la moral es una convención privada; la decencia, una cuestión pública”. Lo que permite entender que el emperador fustigue en el circo a los disipadores endeudados y ensalce en su funeral la castidad de un conocido hedonista, dado que “todo placer regido por el gusto me parecía casto” (M, p. 92, y antes p. 91). Son planos diferentes de valoración, pero a veces se cruzan y siempre responden a una idea de la proporción y el acuerdo (íntimo y colectivo), lo que redundaría en la flexibilidad tolerante y en la libertad personal dentro de los límites del estado. Adriano no se hace ilusiones –no es utópico en sentido alguno-, pero menos aún se burla o escarnece la condición humana, antes al contrario: “Soy como nuestros escultores: lo humano me satisface, pues allí encuentro todo, hasta lo eterno” (M, p. 111). A pesar de los pesares, vale decir,

el marco último de referencia es un humanismo consecuente y sereno, donde caben por igual la exigencia y la compasión, la dolorosa conciencia de los límites y la celebración de la grandeza..., la profunda solidaridad de lo común y compartido.

En un orden de cosas específico, el amor ocupa un lugar central en las reflexiones del personaje. Frente a la simpleza de bastantes moralistas –ellos son en verdad los groseros-, lo primero que surge es su complejidad inabarcable: es preciso referirse a él como “trastorno del alma” y “delirio del cuerpo”, pero también como apertura radical al Otro, “despojamiento que iguala el de la muerte”, vulnerable compromiso, “juego misterioso que va del amor a un cuerpo al amor de una persona”, deseo y obsesión que excede toda lógica, “forma de iniciación” y punto de contacto con lo secreto y lo sagrado... (M, pp. 16 s.). No sirven las teorías, la mezcla de notas es diferente en cada cual y precipita una avalancha de dolores y placeres que desborda a la razón. Sin embargo es obligado buscar algunas claves y abordar en lo posible las vivencias, desde los anónimos cientos psicofísicos hasta la personalización del amado. Adriano afirma haber soñado con un “sistema de conocimiento humano basado en lo erótico, una teoría del contacto en la cual el misterio y la dignidad del prójimo consistirían precisamente en ofrecer al Yo el punto de apoyo de ese otro mundo”, sea a través de la voluptuosidad o de otras muchas señales del cuerpo que dan pie a ideas y emociones (M, pp. 17 s.). Queda confirmado el potencial comunicativo y cognoscitivo de lo corpóreo, donde lo erótico es tomado en sentido amplio y la carne como base de la intersubjetividad. Lo que hace falta es una *técnica* del contacto físico -no sólo sexual- para vencer el solipsismo más o menos difuso que a casi todos

envuelve y permitir el mutuo reconocimiento, más allá de la voluntad abstracta. El encuentro de los cuerpos, con sus necesidades semejantes y complicidades fundamentales, sería la vía más *tangible* para traspasar las barreras del yo y enriquecer su acervo. ¿Por qué no instruirse en esa forma de relación y conocimiento, como se hace con otras más convencionales? Una educación que subrayara la hermandad y el lenguaje común de los cuerpos facilitaría a buen seguro la salud y la convivencia.

Marguerite Yourcenar concede el espacio debido a la relación amorosa de su protagonista con Antínoo, pero la trata sin exclusión de otras y con los muchos matices pertinentes, lejos de la idealización o el sentimentalismo. Es una pasión gozosa y dolorosa en extremo, que llena de contenido –hasta la obsesión– una sensibilidad ávida como la del emperador, en particular cuando su amante muere a los 20 años. El cachorro de “infinita capacidad para la alegría y la indolencia, así como el salvajismo y la confianza” se entrega sin reservas a su amo absoluto; lo que tal vez incluye el suicidio como ofrenda suprema que evite para siempre el “fin sin gloria” de la rutina y el alejamiento (M, pp.130 y 144). El poderoso pudo haber humillado antes a quien amenazaba complicar su independencia con ternura sombría, caprichosa y abnegada a la par; el joven ardoroso y melancólico “espantado ante la idea de la decadencia” (M, p.152 y antes p.147). Es imposible entrar en detalles, baste aludir a que son tantos los aspectos, incluso contradictorios, de toda relación verdadera que armonizarlos constituye un desafío ingente para los concernidos en ella, sometidos además a la tiranía del tiempo y al inevitable desgaste. Tras la muerte de Antínoo, la angustia inicial de Adriano ante lo que le desbordaba se convierte en

remordimiento, en la soledad y la tristeza de quien lamenta no haber amado lo suficiente por inconsciencia y ofuscación, sabedor de que ahora sí está atado para siempre (cf. M, pp. 165, 186). Es el duro contrapunto al esplendor de otras facetas y la enésima muestra del error trágico que supone “no darse cuenta a tiempo” de las cosas, así como índice de la imposibilidad final de gobernar por completo los afectos. O la vida misma.

Son varios los personajes de gran interés, cuya penetrante semblanza puebla la memoria agradecida del narrador: Plotina, la sutil esposa de Trajano, que tanto le ayudó a lograr la púrpura y que hizo de la amistad una obra de arte al modo epicúreo; Arriano de Nicomedia, cuya finura y experiencia al servicio del imperio llevan el sobrio sello del estoicismo; Lucio Cejonio, el brillante y frívolo joven adoptado como sucesor, a quien la temprana muerte truncó el camino; Antonino, hombre bondadoso, funcionario irreprochable y después concienzudo emperador, pero quizá de miras un tanto limitadas... De todos aprende Adriano y en cada uno busca el fruto adecuado al talante y las circunstancias, guiado siempre por el respeto escrupuloso a la identidad del otro. También ahora la curiosidad profunda por las personas y el ejercicio paciente de los intercambios permiten fortalecer los lazos y ensanchar la propia mirada hacia el mundo, pues una vida sin amistad queda irreparablemente mutilada y empobrecida. El gobernante, como todos los demás, necesita confiar en alguien.

Por otro lado, la atención se dirige con frecuencia a las mal llamadas virtudes menores, que son las que amueblan los días y los hacen más gratos. El emperador encomia la moderación política y la sencillez en el trato, la cortesía, la paciencia y la familiaridad que él intenta practicar. “Cada uno de nosotros posee

más virtudes de lo que se cree, pero sólo el éxito las pone de relieve (...) Los seres humanos confiesan sus peores debilidades cuando se asombran de que un amo del mundo no sea de una estúpida indolencia, presunción o crueldad” (M, p. 89). Que la grandeza se fragua en lo pequeño no es asunto menor, así como la importancia de la *epiqueya* al aplicar la ley, pero destaca más aún la llamada a creer en las propias aptitudes y a pedir lo debido a todos, comenzando por uno mismo y terminando por los dirigentes¹⁶. Podría decirse, además, que el desengaño y la censura son demasiado fáciles en las relaciones, así como el pesimismo antropológico generalizado que prepara la *redención* por la fuerza, de manera que el individuo maduro no los acepta como coartadas para su propio egoísmo y se exige un esfuerzo bastante mayor que le compensa por sí mismo.

Hay que reivindicar la alegría como la mejor promotora posible de la virtud y la libertad: “me asombra que esas alegrías tan precarias (...) sean objeto de tanta desconfianza por quienes se creen sabios, temen el hábito y el exceso de esas alegrías en vez de temer su falta y su pérdida, y gastan en tiranizar sus sentidos un tiempo mejor empleado en ordenar o embellecer su alma. En aquella época ponía yo en acendrar mi felicidad, en saborearla, y también en juzgarla, esa constante atención que siempre concedí a los menores detalles de mis actos (...) (la dicha) no es responsable de ninguna de las imprudencias que más tarde la quebraron; mientras obré a su favor fui sensato” (M, p. 137). El sabio cuida atentamente de sí y pone el máximo empeño en fomentar el equilibrio y el gozo íntimo, pues de ahí nace (y ahí revierte en círculo fecundo) la lucidez y la fortaleza, la generosidad y la pujanza vital en todos los ámbitos. Adriano reivindica la alegría (con toda su fuerza

movilizadora) como maestra e inspiradora de lo mejor de la vida humana, frente a tantos agoreros y represores, lo que la convierte en paradigma de sensatez: dicho en términos elementales, ¿hay algo más necesario y eficaz que sentirse bien para actuar con solvencia, asumir cualquier reto y ayudar a los demás? ¹⁷. A la postre, toda la gimnástica de los afectos comprendida bajo el nombre de ética se puede condensar en esta sencilla fórmula: “He empleado lo mejor posible mis virtudes, he sacado partido de mis vicios...” (M, p.204). Semejante inteligencia práctica requiere la gran aplicación mencionada y el ensayo multilateral de comportamientos, a su vez bien coordinados por la búsqueda estratégica (posibilista, no ingenua) de la felicidad. Tampoco ahora hay recetas ni direcciones únicas, sino el mejor acoplamiento posible de los caracteres, los objetivos y los contextos, y es que ser un poco dichoso requiere tesón, fortuna y mucha flexibilidad.

VI. Sobre la acción

Se trata de comentar brevemente la acción (política) en la estela de los emperadores antoninos, tan distanciados de la tiranía como capaces de plasmar los talentos intelectuales del momento en el servicio público, y por eso nuevo modelo de excelencia. La actividad de Adriano al respecto es ciertamente notable, como ya consta, y éste es uno de sus grandes atractivos para M. Yourcenar, quien vincula la escritura del libro al optimismo de la inmediata postguerra, cuando parecía que un nuevo orden mundial era posible. El tiempo se encargó de desmentirlo sobradamente, como parece ocurrir hoy día¹⁸. En cualquier caso, la evidente piedra de toque es la difícil confrontación de las ideas con la llamada realidad, asunto más peliagudo cuando

uno se quiere atener en verdad a ciertos principios o nociones guía, sin hipotecarse por ello a un esquema rígido. El emperador hace balance al final de su vida desde un realismo político que contrasta el ideal de justicia¹⁹ con los hechos, y lanza una desapasionada mirada al futuro, apoyado en su experiencia más que en el aura de clarividente que le atribuyeron en sus últimos años: nada humano, ni siquiera lo más excelso, tiene garantía de perdurar ni puede aspirar a la perfección, por lo que la civilización –sentada en ciertos logros de libertad, arte y felicidad– resulta siempre amenazada. Nada puede darse por supuesto ante el error y la ruina que siempre acechan, los cambios bruscos y la violencia repetida, “el juego estúpido, obsceno y cruel” de una humanidad ciega e insensata, donde “la masa sigue siendo ígnara, feroz cada vez que puede, en todo caso egoísta y limitada” (M, pp.196 y s., respect.). El gobernante lúcido y erudito, conocedor de Oriente y Occidente, no se hace ilusiones respecto a la historia o a la condición humana. Acaso haya un punto de elitismo patricio en él o el recuerdo de las masas fanatizadas por los totalitarismos pese en la autora, pero la ferocidad de las muchedumbres amorfas es recurrente a través del tiempo. Sea como fuere, el personaje no claudica, lo suyo es una llamada a la memoria y a estar alerta para defender lo conseguido con tanto esfuerzo...

Marco Aurelio dejó constancia de la desazón final de los príncipes, aún de los más benignos, ante la repetición de las miserias de los hombres (cf. *Medit.*, IV, 32). Éstos se resisten a la acción racional del que quiere mejorar su destino y creen en toda clase de prejuicios y supersticiones, a la par que denuncian tiranías externas sin reparar en las propias interiorizadas. Una vez más, frente a tales dificultades, los que no son fanáticos ni

cínicos y se comprometen con la acción pública desembocan en el reformismo tenaz: “No esperes la república de Platón, sino que debe bastarte que progreses por poco que sea, y considera que incluso el resultado de esto no es cosa pequeña” (*Medit.*, IX, 29). El desencanto ya es algo aceptado de antemano, la verdadera política comienza a partir de ahí, sin engaño ni desfallecimiento. De vuelta al Adriano literario, él también enseña una voluntad de resistir y luchar, ahora sin soporte historicista ni consuelos escatológicos: “La vida es atroz, y lo sabemos. Pero precisamente porque espero poco de la condición humana, los períodos de felicidad, los progresos parciales, los esfuerzos de reanudación y de continuidad me parecen otros tantos prodigios, que casi compensan la inmensa acumulación de males, fracasos, incuria y error” (M, pp. 234 s.). Como no hay desprecio hacia nadie ni resentimiento por una doctrina traicionada, esta llamada final a continuar el esfuerzo civilizador es del todo coherente con su trayectoria y con una idea abierta de la historia, en permanente (re)construcción. Son más que evidentes las sombras, pero también las luces para los que quieran sopesarlas con generosidad en el balance, es decir, para aquellos que se fijan en lo que estimula y ayuda, pues actúan en su vida *como si* el empeño siempre valiera la pena y todo fuera posible aún. Ellos son los valientes imprescindibles.

El siguiente paso es involucrar a la población en el bienestar público que encarna Roma, lo que significa defender inteligentemente sus propios intereses, más allá de las meras invocaciones morales que pronto se olvidan. Además hay que emprender acciones concretas –como hizo el emperador– en defensa de los más débiles, en particular los esclavos²⁰ y las mujeres, quienes así pueden afianzar su dominio –dice– en los asuntos

domésticos y adquirir derechos en sentido absoluto. Es tolerante con los vicios privados, pero no complaciente con la insolencia de los subordinados, con la inercia o la volubilidad de la masa, ni con la dependencia cómplice (por dinero, imagen...) de bastantes mujeres. Estos rasgos finales del retrato se completan con el reconocimiento de que en ocasiones ha sido despiadado, sin negar nunca su deseo de poder, pero no es menos cierto el afán de servicio y la pasión genuina por la paz (cf. M, pp. 98 s., 60, 74, 85). Claroscuros ineludibles, donde se mezclan deliberadamente los hechos históricos fehacientes y la narración en primera persona de un personaje de ficción que se reivindica con relativa sinceridad. En todo caso, alguien que tomó partido y decidió actuar...

Epílogo

Da la impresión de que Adriano consiguió en algunos momentos dar la vuelta al dictamen de Cicerón (*De los fines*, III, 23 ss) y hacer de la vida una danza, antes que una lucha. El viajero y reformador incansable transmite facilidad y ligereza, asociadas a la búsqueda del placer como individuo, por encima de las equivocaciones. Es un hombre que se esfuerza en integrar mediante el *ejercicio* diario una espiritualidad sin dogmas, un sensualismo con diversos registros y una capacidad resolutive –como buen romano– en el uso del poder. Por decirlo en una fórmula, cabe suponer que no compartiría la distinción estoica entre lo *recto* y lo *conveniente* –lo primero trascendente e invariable y lo segundo circunstancial– porque para él ya son lo mismo. No es fácil hacer lo debido en tanto elegido y hacerlo al hilo de la oportunidad, sin traicionar apenas el propio deseo ni el interés común. De ahí que el emperador se enfrente a toda forma de sectarismo e

indiferencia como enemigos directos de esta actitud, pues son facetas –por acción y omisión– de la estrechez de espíritu que cercena la libertad, el gozo y la crítica.

El modelo de excelencia que se propone combina hedonismo, ilustración y disciplina en un continuo que se retroalimenta, desde la interdependencia de todos los ámbitos de la vida. Sólo aparece cierta armonía a través de la construcción cotidiana del yo, en el hábito realmente *incorporado* del examen discriminativo y de la experiencia equilibrada de las cosas. No se elude la precariedad consustancial, pero –lejos por igual del optimismo o el pesimismo– hay una posición constructiva: frente a la supuesta indignidad y a las admoniciones contra cualquier relajación, el hombre debe ser tolerado, contenido y hasta utilizado para determinados fines, pues “nuestro interés bien entendido será el de servirlo. Mi manera de obrar se basaba en una serie de observaciones sobre mí mismo, hechas desde mucho tiempo atrás; toda explicación lúcida me ha convencido siempre, toda cortesía me conquista, toda felicidad me da casi siempre la cordura (...) Cuando hayamos aliviado lo mejor posible las servidumbres inútiles y evitado las desgracias innecesarias, siempre tendremos, para mantener tensas las virtudes heroicas del hombre, la larga serie de males verdaderos, la muerte, la vejez, las enfermedades incurables, el amor no correspondido, la amistad rechazada o vendida, la mediocridad de una vida menos vasta que nuestros proyectos y más opaca que nuestros ensueños –todas las desdichas causadas por la naturaleza divina de las cosas” (M, p.96). Los consejos iniciales son tan sencillos como inapreciables al incluir la cortesía y la magnífica capacidad de atender mejores razones que las propias (¿quién se deja hoy convencer en buena lid?). Después, la constatación desnuda de que en lo *bueno* nunca hay

exceso desde un punto de vista cualitativo y siempre será insuficiente en términos cuantitativos, mientras que lo *malo* nos desborda sin remedio en su amplitud a menudo amoral y *salvaje*, divina en tanto no maneja. Por lo que vivir desde un posibilismo combativo demanda siempre algún heroísmo... y mucha solidaridad.

Hacer frente a la tiranía de lo necesario, defender un margen de libertad personal y colectiva hasta el límite, ésa es la virtud del que acepta pero no renuncia, del que pacta con lo real sin rendición, del que busca sin tregua. Y Adriano -el literario y el histórico- es un buen ejemplo de esa agilidad inteligente.

NOTAS

¹ Véase la extensa *Nota* final de la autora sobre fuentes, libros de consulta, etc. Citaré siempre según la edición española de Edhasa, Madrid, 1982, con insuperable traducción de Julio Cortázar

² Cf. Camus, A.: *Obras*, ed. J. M^o. Guelbenzu, Alianza, Madrid, 1996, vol. 1, pp. 476, 458, 606, 305.

³ En estos términos fue recibido el libro por la crítica y otros grandes escritores, como Jules Romain y Thomas Mann, cf. Savigneau, J.: *Marguerite Yourcenar. La invención de una vida*, Alfaguara, Madrid, 1991, pp. 211, 239, 242.

⁴ “Cuaderno de notas” a *Memorias...*, en la misma edición, p. 241. Y también: “El siglo II me interesa porque fue, durante mucho tiempo, el de los últimos hombres libres” (p. 255). Adriano es un ejemplo paradigmático de “alguien que no renuncia, o que renuncia en un lugar para aceptar en otra parte” (p. 243), lo que es índice de esa libertad peculiar, como se verá.

⁵ Entiéndase “el estúpido humanismo moderno y tecnocrático”, mutilador y destructivo (Carta a J. Mouton, 14-3-1970), cf. Yourcenar, M.: *Cartas a sus amigos*, Alfaguara, Madrid, 2000, p. 392.

⁶ “Si ese hombre no hubiera mantenido la paz del mundo y no hubiera renovado la economía del imperio, sus venturas y desventuras personales interesarían menos”, en “Cuaderno de notas”, ed. cit., p. 250. Es todo ello lo que le hace genial, según el juicio de muchos historiadores, innovador de rara inteligencia, abierto a múltiples dimensiones -continúa la escritora-, el que “estabiliza la tierra”, según dice en sus monedas y, en cierto sentido, un hombre del Renacimiento, cf. Galey, M.: *Conversaciones con M. Yourcenar*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989, pp. 133 s.

⁷ Birley, A.: *Adriano*, Península, Barcelona, 2003, pp. 8 y 15, respectivamente.

⁸ “Cuaderno de notas”, p.249. Respecto a la otra mención: “la experiencia humana de Marco

Aurelio es profunda, pero no bastante vasta. Es la experiencia de un gran moralista resignado, de un alto funcionario escrupuloso y descorazonado. Es algo hermoso, pero eso no llevaría muy lejos en materia de variedad humana”, *Conversaciones con M. Yourcenar*, p. 126

⁹ “Elegía lo que tenía, exigiéndome tan sólo tenerlo totalmente y saborearlo lo mejor posible (...) Con una mezcla de reserva y audacia, de sometimiento y rebelión cuidadosamente concertados, de exigencia extrema y prudentes concesiones, he llegado finalmente a aceptarme a mí mismo”, *Memorias (M)*, pp. 42 s.

¹⁰ “Entreveía la posibilidad de helenizar a los bárbaros, de aticizar a Roma, de imponer poco a poco al mundo la única cultura que ha sabido separarse un día de lo monstruoso, de lo informe, de lo inmóvil, que ha inventado una definición del método, una teoría de la política y de la belleza” (M, p. 65). En una carta de 1954 la autora sostiene que “Grecia ha sido el gran acontecimiento (acaso el único gran acontecimiento) de la historia de la humanidad”, *Cartas*, p.128)

¹¹ Cf. M, pp. 181 s. y 36, respectivamente. Por lo demás, ya era habitual afirmar -al menos desde Cicerón (*A Quinto*, I, 1, 27)- que Roma había cumplido de manera triunfante e inobjetable los propósitos libertadores helenos, como también rubrican Polibio y Tito Livio.

¹² El trasfondo es mencionado por Marco Aurelio en pasaje célebre cuando hace de la razón compartida el fundamento de la ciudadanía universal, pues “el mundo es como una ciudad” (*Meditaciones*, IV, 4,1).

¹³ La distancia respecto al ascetismo de Marco Aurelio es patente, pues éste sólo concede relevancia al cuerpo como instrumento de designios espirituales superiores (cf. *Meditaciones*, XI, 20). Por el contrario, hay cercanía a Epicuro cuando enseña que no puede haber virtud, belleza ni bien sin gozo

sensual, del mismo modo que no es posible vivir con placer sin sensatez y justicia (cf. *Frag.* 70, 512, 67 Usener; y *Máximas Capitales* 5)

¹⁴ Para Marco Aurelio, en cambio, la existencia individual sólo es una parte efímera del gran conjunto universal al que pertenece, el único perenne y digno de la máxima dedicación (cf. *Meditaciones*, II, 14, 5 y VII, 19, 1).

¹⁵ Contrario a la tradición encarnada por Séneca (*A Lucilio*, 66), por dar un contrapunto a lo dicho antes, pero más cercano a Epicuro (*Máx. capitales*, 31, 37 y 38)

¹⁶ La autora fija su posición de conjunto del siguiente modo: “La falsa grandeza oculta la auténtica. Las cosas grandes y las acciones admirables están hechas de las cualidades y de las virtudes más sencillas, pero llevadas tan lejos como le es posible a la debilidad humana. Es por tanto la equidad, la integridad, la modestia, la bondad, en cuanto a la moral; la exactitud, la justicia, la sinceridad, en cuanto a lo intelectual, lo que debemos inculcar al prójimo, pero sobre todo aprender a reconocerlo y a practicarlo nosotros mismos” Carta a J.L. Côté y A. Desjardins, 6-1-1963, en *Cartas*, p. 202.

¹⁷ Son patentes las resonancias epicúreas en torno a la *hedoné* catástemática (Epicuro, *frag.* 68), que van mucho más allá de la mera ausencia de

dolor o turbación y suponen una confianza en la naturaleza humana, a condición de dejarla fluir sin temor, desmesura o irracionalidad (cf. *frag.* 469, 471, 485). Spinoza culminará esta óptica al considerar la alegría un aumento de potencia y expresión inequívoca de saber y virtud (cf. *Ética*, III, 11esc.; IV, 21 y ss.; III, 59 esc.; IV, 45 esc. y 52 esc.).

¹⁸ Cambio que influyó mucho en el tono de las obras posteriores de M. Yourcenar, quien siempre mostró gran preocupación por la situación política internacional y una creciente desesperanza (Véanse p. ej. las cartas de 4-2-57, 21-1-69, 14-1-71). He aquí una síntesis de su actitud: “Hay en mí una incapacidad cada vez más radical para aceptar el mundo tal como es, quiero decir con sus estratos superpuestos de indiferencia, de sufrimiento y de injusticia” (A L. Storoni, 3-2-65, en *Cartas*, p. 248).

¹⁹ Estaba en el ambiente como virtud por antonomasia (cf. Cicerón, *De los oficios*, I, 20) y criterio revelador de la recta razón y de la providencia divina (cf. Marco Aurelio, *Medit.*, II, 6 y IV, 10).

²⁰ La opinión pública del siglo II es proclive a ello, en la línea del reconocimiento de su humanidad que ya había proclamado, entre otros, Séneca (*A Lucilio*, 47,1).